

El hombre de la canoa

*Textos de Arturo Alape extractados
y presentados por Rogelio Gómez*

La noche del 3 de noviembre de 2001, en Hamburgo, cuando se aprestaba a regresar a Colombia poniendo término a su segundo exilio, Arturo Alape pronunció una charla de despedida ante un grupo de amigos. En esa charla se refirió ampliamente al hombre de la canoa, su compañero del alma desde finales de los años sesenta, cuando Alape abandonó la guerrilla y decidió convertirse en escritor. La mención del hombre de la canoa es, en Alape, ocasión de sus textos más bellos y emotivos, también de sus mejores trozos autobiográficos. Reproducimos enseguida los apartes de la charla de Hamburgo que giran en torno del hombre de la canoa.

Los años, cuando llegan a la vida de un hombre, vienen con su caminar furtivo, y a manotadas traen consigo

un manantial de sorpresas para repartir como instancias cruciales entre los destinatarios. Y cada hombre recibe de acuerdo a su equilibrio emocional ese aluvión de sorpresas como si se tratase de armar un rompecabezas, por cierto muy personal. En mi caso, recibo los años con la tranquilidad de un río hambriento, los disfruto o los padezco divididos en días y los meto en una caja de cartón, los clasifico según su color y palpitante y finalmente les escribo con membrete un nombre, como si se trataran de historias para contar. Debo confesar que soy un alerta escucha de los pasos sigilosos de los años. En este año de fecunda tranquilidad en Hamburgo, por ejemplo, para mi tranquilidad espiritual, avancé con el correr de hormiga laboriosa en la escritura de mi nueva novela y la historia que narro se ha vuelto una realidad totalmente imaginada; en mis nuevos dibujos aparecen los grises de personajes grises que deambulan por Hamburgo y mis cuadros y dibujos

se colgaron en paredes exhibiéndose para que entablaran diálogo con sus visitantes; y lo más hermoso y emotivo cuando llegamos con mi tribu familiar en el invierno pasado, fue que con la paciencia de un solitario pescador lancé la atarraya sobre la geografía alemana, y de pronto aparecieron uno a uno, sonrientes, los rostros de ustedes mis nuevos amigos. Ustedes, conocerlos a ustedes, los que están presentes y los que caminan ausentes esta noche, son para mí el mejor de los regalos que he recibido este año cortado en tiempos exactos por las estaciones. También pienso en este emotivo instante, en mis antiguos amigos disgregados en sus nichos dibujados sobre la redondez de la tierra, para ellos mi amistad creciente con la llegada de cada noche y el amanecer con su soplo de vida.

Las despedidas de amigos, expresan la imagen de la mirada tatuada sobre una enorme espalda yéndose para encontrar de camino la voracidad de la distancia. De pronto, la mirada extrañada frente al mar o al embarcadero de un río, o quizá perdida entre la multitud de una estación de trenes o un tumultuoso aeropuerto, regresa para expresar a viva voz el nunca olvido de los pasos andados. Esta noche de celebración de años y antesala de despedidas, quiero afirmar lo siguiente con la voz de la experiencia: ustedes mis queridos amigos nunca tendrán rincón propio en la alacena de los olvidos. Por el contrario siempre estarán presentes con el intenso olor que levantan los vientos, con la llegada

de la primavera. Esta noche les pido ayuda a los gigantes cinco brazos del río Coreguaje para abrazarlos a ustedes por cinco y muchas veces y así mi espalda quede grabada en sus memorias con su mirada que nunca será devorada por la distancia.

Antes de hablar finalmente del regreso al país lejano, quisiera referir de manera breve mi encuentro con [el hombre de la canoa](#). A finales de la década del sesenta, con la decisión de volverme un escritor, dejé el monte y emprendí un largo viaje por el río Carare en compañía del hombre de la canoa. Atravesando ríos, montañas y carreteras, un día llegamos en canoa a Cali, mi ciudad natal. Al despedirse, el hombre viajero, con su sabiduría y experiencia me dijo que cuando necesitara de su ayuda silbara tres veces contra el viento y él de inmediato acudiría a mi llamado. Y así ha sucedido por varias veces durante estos últimos treinta años: despierto la noche en cualquier madrugada y salgo a la calle en busca del viento viajero y silbo por tres veces. Mis queridos amigos, esta noche quiero revelarles un secreto: el hombre de la canoa se encuentra en Hamburgo desde hace dos días, porque él siempre acostumbra llegar con un mes de anticipación. Si ustedes, ahora mismo por curiosidad bajan las escaleras y abren la puerta de la calle y levantan la mirada hacia el cielo, podrán ver un árbol de hojarasca color oro y en uno de sus ramajes colgada, verán una pequeña casa de madera: acostado en su hamaca, colgada en una de sus

habitaciones, ahora mismo el hombre de la canoa fuma su enorme tabaco y lanza volutas de humo como si estuviera narrando historias de cada día. La canoa debe estar escondida entre la hojarasca amarilla quemada que ha caído a tierra. Con mi tribu familiar ya estamos alistando maletas para el retorno: día a día Paloma y Nicolás bajan con las hojas del libro que están terminando con fotografías y recuerdos y lo dejan sobre la canoa; Katia, ansiosa como siempre sube, y baja las escaleras con libros en alemán, cuadros recientemente terminados y las muchas nostalgias pro-alemanas; yo he terminado mi libro de apuntes donde escribo los sueños a realizar en los próximos años, en la madrugada de mañana lo dejaré en el sitio escogido en la canoa.

En un mes partiremos con mi tribu familiar hacia el país lejano, cicatriz de dolor en su geografía sangrienta, infierno difícil de olvidar. Partiremos con la emoción de volver a encontrar el sonido de las voces amigas pero también con la incertidumbre clavada en el corazón por lo que posiblemente nos espera, sea lo que fuere. Partiremos con el optimismo sembrado sobre la piel para seguir siendo lo que siempre hemos sido. Para partir solamente esperamos a que el hombre de la canoa termine de fumar su enorme tabaco, baje del árbol, toque nuestra puerta y nos anuncie con su voz de flauta y memoria: “Mi querida familia Alape, llegó la hora de viajar...” Por reflejo, volveremos la mirada para buscarlos a todos ustedes y decirles de frente:

“Hasta pronto, queridos amigos...” Para entonces el otoño por placer habrá desnudado a todos los árboles de Hamburgo y el invierno comenzará a gemir con sus vientos y los copos de nieve inundarán la ciudad.

El 13 de marzo de 2003, en documento leído al recibir el Doctorado Honoris Causa en Literatura que le otorgó la Universidad del Valle, Alape rindió homenaje al hombre que en su canoa lo sacara del monte, donde había enfermado. A ese propósito rememoró su trayectoria desde que dejó la pintura para vincularse a la lucha armada hasta que, abandonando las filas guerrilleras, regresó a Cali, y hasta que, ya en 2002, hizo un nuevo regreso a su ciudad natal y visitó los lugares de la infancia.

A mediados de 1960 tomé la dolorosa decisión: dejaría la pintura para dedicarme por completo a la agitación revolucionaria. Decisión influida por la visión inmediateista de pensar y creer que el sueño de una sociedad más justa se realizaría muy pronto. Ante nosotros, como fecunda montaña, teníamos de frente el ejemplo de la revolución cubana. En América Latina los imposibles se habían vuelto posibles por la acción de los hombres. Ese reto histórico creaba en uno la voz impositiva de la conciencia: todo el tiempo debía

involucrarse en la acción revolucionaria. Pintura y política, en ese crucial momento existencial, se volvieron habitantes de territorios contrarios. Y comenzaron a morir los nuevos muertos por ese sueño imaginado: Antonio Larrota, fugaz meteoro de voz acerada muerto en una incipiente y frustrada guerrilla. Su muerte fue un duro golpe para Leonel Brand. Deja la lectura y la escritura de sus poemas y dedica todas sus fuerzas a la labor política; se vuelve un hombre taciturno, propenso a la tristeza. Decide irse para el Urabá antioqueño, el mes de septiembre de 1961. Poco tiempo después, el cuerpo sin vida de Leonel Brand había desaparecido; nunca se encontrarían sus restos. Fue el primer poeta latinoamericano que murió en la guerrilla.

En 1965, a mediados del año, de Bogotá salí para el campo a cumplir tareas políticas y ese viaje me convirtió en caminante de inmensas geografías del país: escuché historias de hombres a través de voces de ríos, conocí murmullos humanos en la selva y la montaña, vislumbré nuevas miradas de futuros. Intentaba dibujar la experiencia vivida pero el dibujo terco se ocultaba en la imaginación y apareció entonces la necesidad de la palabra escrita. Escribí un Diario que con el correr del tiempo se hizo libro. La palabra se convirtió en exorcismo para mis contradicciones existenciales y caí en sus redes, me volví escritor.

Año 68. Las despedidas siempre han lacerado mi corazón de ausen-

cias. Soy un hombre armado con una quebrantada armadura de despedidas. Los compañeros sonrientes en la orilla del río Carare, en el Magdalena Medio, dijeron al unísono: “Gómez, cúrese pronto el paludismo y regrese por estas selvas...” Me monto en la canoa. Alfonso, el hombre de la canoa, comienza a remar con una calma implacable que presiente el tiempo que será devorado por enormes lenguas de un sol abandonado en las vertientes de un río que no escucha palabras. La fiebre palúdica sube como si fuese una serpiente a la que le han cortado la cabeza y su cuerpo convulsiona al vaivén de la sangría. Los árboles en la selva son brazos que me atenazan y me levantan como criatura indefensa que vaga en el aire, me siento un insecto volando a la deriva, quieren estrangularme; las nubes se desinflan en figuras de pequeños barcos en formación de hileras a punto de chocar unas con otras; gime un río atormentado como si los hombres apostados en sus orillas sólo pudieran disparar con sus armas la indecencia de un llanto oculto...

La canoa se ha quedado sin río y sin aguas. El hombre de la canoa con su voz parsimoniosa, habla con voz de despedida: “Llegamos. Gómez, regrese del sueño...” Cuando me levanto un poco sosegado por el cansancio que ha dominado mi cuerpo, unas cuantas gradas me esperan para llegar a mi segundo cuarto en el cual la memoria yace bajo el techo de una enorme atarraya, que simula un paisaje desolado y poblado por cientos de alimañas; un cuarto propio con una cama propia

y una mesa improvisada para comer, tras la cortina de plástico, el baño, mi cuarto para soñar. Cali de regreso 1969, barrio El Centenario.

En diciembre del año pasado volví de regreso a Cali, la ciudad de la memoria. Acompañado por el hombre de la canoa, cómplice de toda la vida, remamos, caminamos y observamos la destrucción histórica de lo que había sido el entorno de mi niñez en pleno centro de la ciudad: desechos humanos tirados en la calle por el azar de un destino trazado por otros; fachadas de casas sin fondo construido en sus interiores; un olor envolvente de fetidez en descomposición, mezcla de mierda, basura y agonías inclementes de quienes tienen por derecho el soplo de una muerte lenta.

Llegamos a la casa situada en la calle 12 con carreras 12 y 13, la puerta de un verde cuarteado estaba abierta, con un agujero donde estaban antes la chapa y la manija de entrada. La vieja Agripina abrió la puerta. Confiada, con el carraspeo colgante de su coto, apoyada en el palo que le sirve de pierna derecha y su risa de espantapájaros viviente, me invita a seguir por el primer zaguán de la casa de la niñez, con sus 19 habitaciones. Por dentro no era la misma casa, era el esqueleto de la casa cayéndose entre sus huesos y un polvo invasor como señal de que algo había desaparecido en nosotros: humedad, moho, lagartijas en las paredes ya semiderruidas. Las puertas de las habitaciones desaparecidas por el golpe brutal del tiempo.

Sorpresivamente el niño salió de una de las habitaciones –quizá la habitación de mi niñez, en la cual viví con mi madre y el hermano mayor–, por inercia me da la espalda, corre por el primer patio, se detiene pensativo, luego alegre juega a la rayuela saltando sobre un solo pie para caer en los diversos tablones de la carrilera, mientras canta la misma vieja canción que carcome la intimidad de las nostalgias que tanto me duelen. Ansioso corre hacia el segundo patio en el cual estaba situado el frondoso árbol de mango. Lo sigo atrapado por el imán de su risa. El niño se quita la camisa, la amarra a la cintura y comienza a jugar el juego de la libertad como si alguien lo estuviera persiguiendo. Grita: libertad, libertad, cuando alguien imaginario lo atrapa por la espalda. Ya cansado se detiene, sudoroso me lanza una tierna mirada de eterna amistad y me invita a jugar con su colección de conchas de nácar. Después iniciamos una larga conversación que duró tres noches seguidas. La memoria se deshizo del largo sueño en que había estado atrapada en la atarraya del olvido. El hombre de la canoa me espera al frente de la casa, fumando tranquilo su enorme tabaco, las volutas de humo se entrelazan en abrazos caminantes.

Hay, finalmente, un cuento de Alape, escrito en los años setenta, que lleva precisamente por título “El hombre de la canoa”, cuento incluido en el libro ‘El cadáver de los hombres invisibles’. Sabemos por el mismo Alape que

su obra literaria se apoyaba estrechamente en experiencias vividas. No dudamos del carácter autobiográfico del cuento. El narrador, un revolucionario “enmontado”, no es otro que Alape, y la historia que cuenta de alguna manera la debió de haber vivido. Hagamos un breve resumen del argumento antes de reproducir la página final. Un grupo de cuatro guerrilleros realiza labores de reconocimiento en una zona: qué gente la habita, si de algunos se puede esperar ayuda, si hay autoridades cerca. Hacen amistad con una mujer que vive completamente sola, en un sitio apartado, a la ribera de un río. La mujer les trae provisiones del pueblo, también informaciones, aparentando no advertir al principio que son “enmontados” —punto sobre el que más adelante se hace claridad. Una canoa va y viene por el río. La mujer acaba contándoles que el hombre de la canoa es su marido, quien la ha dejado por otra, con la que pasa en la canoa. He aquí el remate del cuento.

Los muchachos están trabajando en las plataneras. Hemos colocado vigilancia por la margen del río y ya visitamos a los vecinos. Ella parece un poco más contenta, manteniendo sus largos viajes de silencio... Y está muy dispuesta a ayudarnos: Es que soy también huidora de la violencia.

Directo viene con un tinto, luego de ofrecerme comida. Sus ojos son

más francos. Me dice que si la dejo sentarse junto a mí, en el tronco. Me río. La casa es suya. El permiso es suyo. No importa, eso no me interesa, dice. Se me arrima para hacerme escuchar su respiración. Hay cosas que me interesan más, agrega. Saca su tabaco y lo prende calmadamente, lo fuma, lo mira con su imaginación, su mirada está ida, quizá metida en una canoa que sube y baja por el río, en la otra orilla... Siento que no se contiene: ¿He sido útil para ustedes, verdad? Qué puedo responderle sino que estamos muy agradecidos. Le digo que pronto nos marcharemos, que le enviaremos noticias y quizá algún dinero. Que nuestra gente la visitará. Se ha vuelto más franca. Eso no importa, dice. Y no pueden irse hasta que no me hagan el favor que les voy a pedir. Me pongo alerta. Me traen a mi marido, eso quiero, al hombre ese de la canoa. Yo lo quiero a mi lado, sin afares de irse. Por favor. Díganle que venga por unos días y luego se puede volver. Que yo volveré a ser mujer silenciosa. Que no le negaré todo mi calor. Pero me lo traen. Que venga caminando por sus pies. Si no quiere venir por las buenas, entonces por las malas. Yo les traigo lo que quieran del pueblo. Remesas, informaciones, todo. Pueden llegar por aquí cuando quieran. Si no por las buenas, por las malas. Si no vivo, por lo menos muerto. Yo lo entierro aquí mismo y por lo menos lo tengo cerca...

Intentamos hablar con el hombre. Y no lo volvimos a ver más subiendo

y bajando por el río. Supimos de la noticia que nos dejó: No huyo de ustedes. Huyo de ella. Ella quiere que ustedes me maten. Volvimos al monte y también nos perdimos.

En esa forma, pues, se conocieron Alape y el hombre de la canoa. Ambos se pierden del lugar del primer encuentro; cuando vuelven a encontrarse, ya nunca más se dejarán, siempre estarán en contacto. El hombre de la canoa, como quien huye a la muerte, huye de la mujer que

lo quiere muerto; Alape deja la guerrilla y vuelve a la ciudad, y ese regreso es como un regreso a la vida. El hombre de la canoa es el compañero inseparable de los momentos más significativos, de las rememoraciones más cargadas de emoción en la vida de Arturo Alape. Algún sentido profundo ha de tener la historia evocada en ese cuento para que esté en el origen de un vínculo tan personal, tan íntimo, como el que tuvo Alape con el hombre de la canoa. 